

RECADO A CARMEN CONDE

CARMEN Conde ya había publicado en aquellos días un pequeño libro con terrazas, palomas, huertas, molinos, campanas, puertos, mares, balsas, palmeras, frutos, y el río Segura bajo el sol. Luego, Carmen Conde lo cuenta, anclaba un barco en la ventana de *Brocal*, antepecho del pozo, con el agua allá abajo. Cumplía veintidós años sin prisas, como inesperados, mirando brocal abierto sobre el círculo mágico del agua mientras las balsas del campo de Cartagena iban llenándose del agua urgente de los molinos.

Un día entre los días —como repetía Scherezada en sus noches árabes—, Juan Guerrero Ruiz dialogaba con Mathilde Pomès sobre una futura inmediata antología donde la poesía iba a contar con las mujeres poetas:

—Una al menos se impone —decía Guerrero—, una compatriota, Carmen Conde.

—¿Es de Alicante? —quería precisar Mathilde Pomès.

—No, de Cartagena, es decir, marítima, mediterránea si prefieres.

Mathilde Pomès continuaba recordando: “No había publicado, entonces, sino *Brocal*, y alguno que otro poema en *Sudeste* de Murcia”. No tardarían en ir llegando los nuevos libros a la obra de Carmen Conde. Prosas y relatos, versos y biografías, y lecturas sobre niños, para que las leyeran los mayores y se percataran de lo que es un niño en la página abierta de Carmen Conde. Y luego, ahora, la Academia, y en un rincón del tiempo, ante el espejo del cuarto de estar, Florentina del Mar, Carmen oculta, Florentina marítima, mediterránea, como apuntaba aquel hecho insólito, humano, irrepetible en la vida literaria española, creador de la amistad, que fue Juan Guerrero, el hombre que estaba en todas partes de un mundo de escritores.



Después de *Brocal, Júbilos* —poemas de niños, rosas, animales, máquinass y vientos—, donde la mediterránea Carmen lleva dos oceánicas compañías, prólogo de Gabriela Mistral y dibujos de Norah Borges, la esposa de Guillermo de Torre, viajero de literaturas de vanguardia. *Júbilos* cierra sus páginas con los vientos de Carmen Conde, mientras sopla en la lejanía la oda al viento del Oeste, de Percy B. Shelley. ¿Qué es el viento? El viento es el aire en movimiento —decía en verso sin saberlo una geografía de colegio, elemental y rémota, frente a los mapas colgando de los muros, tapando la mirada que observa desde la pared de Gerard de Nerval. Mientras Rilke, con el otoño subiéndose por las paredes, soñaba con dejar libre a los vientos por las llanuras del poema.

Brocal, Júbilos, y la obra de Carmen Conde adelante, creciendo, creciendo hasta ahora mismo, desde el poema en prosa hasta el verso en libertad, urgencia lenta de una obra que permanece en movimiento, y en la que uno insiste siempre en destacar, por elección más que por selección, un cuaderno titulado *Los Poemas del Mar Menor*, donde Carmen Conde cuenta un espléndido verano de tardes lentas, de cielo azul iluminado de rosa, de playas menudas y agrestes. (Con bellas ilustraciones de Carpe aparecieron los poemas en las publicaciones de la Cátedra Saavedra Fajardo de la Universidad de Murcia).

Una vida está hecha de su propia obra. La obra de Carmen Conde arranca de este círculo mágico de *Brocal*, con el agua inmóvil, y sigue durante el tiempo hasta el presente vivo donde brota el gesto. Todo recado tiene su final, y uno ha querido traer hasta aquí su razón de cosario en la misma tierra de Carmen Conde, nacida en Cartagena cuando Montessori acababa de fundar en Roma la casa de los niños. En *Júbilos* —como luego en *Florentina del Mar*— Carmen Conde abre también su casa de los niños. Pero ya en *Brocal* surgía el poema definido:

—Formada estoy por molinos, balsas, torres, palomas, rosas.

Pero el mar está cerca. La mar de Carmen Conde en su carta donde los mares son más de siete. “Y siempre —¡todavía!—, un barco anclado en la ventana”.

